

Cien años de locura circular

Ninguno de los personajes de *Cien años de soledad* se escapa de la soledad que da título al libro, y así es cierto que la historia de la familia Buendía es la historia de la alienación en muchas de sus formas. Hay dos personajes que están mucho más aislados que el resto, y son considerados locos por los demás. El patriarca y fundador de Macondo, José Arcadio Buendía, cuya búsqueda del conocimiento oculto y fascinación por los ingenios mecánicos se convierten en sus obsesiones constantes, descubre que está anclado en el tiempo y no puede escapar del lunes. Este descubrimiento aterrador precipita una pérdida total de contacto con la realidad cotidiana. Su crisis se pone de manifiesto en su repentina pérdida del habla ininteligible y en la violenta destrucción de su casa, que lleva a cabo en un esfuerzo por introducir cambios en el entorno físico que le rodea, intentando hacer avanzar el tiempo. José Arcadio Buendía pasará el resto de sus días atado a un castaño.

Algunos años más tarde, su bisnieto, José Arcadio Segundo, hereda su interés por extraños proyectos y también su locura, caracterizada por síntomas similares: completo hermetismo, incapacidad para atender sus funciones corporales, y ojos vacíos e inmóviles. Su crisis se precipita por la masacre de los huelguistas de la compañía bananera.

Los dos José Arcadio alcanzan un tipo de conocimiento que resulta inaceptable para quienes les rodean. El primero, con su desorganizada y a veces interesada, pero siempre constante búsqueda del conocimiento, y con su simple observación de que el tiempo puede no ser lineal; el segundo con su versión políticamente ineficaz de la huelga de la compañía bananera. Pero ambos se encuentran desplazados de la sociedad. Su alienación inicial se convierte en total aislamiento, al que se siguen nuevos síntomas de locura en un círculo vicioso.

La circularidad de la soledad —la locura— el hermetismo es reforzada, y se desarrolla concéntricamente en la estructura artística de la novela.

Así, empezamos con la fundación de Macondo por José Arcadio y Ursula, y terminamos con el último de los Buendía descifrando el pergamino que recuenta la historia de la familia. Cuando el coronel se encara con el pelotón de fusilamiento que abre la novela, viene a su memoria el recuerdo del hielo. Y la imagen final es también cristalina, de espejos, o de espejismos, y de remolinos de viento en la ciudad abandonada y polvorienta. Otro tema de la obra, el incesto, ha sido comparado al de *Uroboros* —la serpiente que se muerde la cola—; creo que el tema de la locura sigue el mismo modelo y refuerza la bien trabada forma circular de la novela a que he aludido¹.

José Arcadio Buendía y José Arcadio Segundo, después de su pérdida de contacto con la realidad, no formarán parte nunca más de la sociedad. Su distanciamiento les permite una perspectiva y lucidez que faltan en los cuerdos. Uno y otro desmuestran una cierta sabiduría dentro de sus desvaríos. García Márquez parecería estar moviéndose aquí dentro de una tradición de la literatura española, que Cervantes consolidó. Don Quijote hace gala de una sagacidad similar a la de los Buendía. A pesar de su enfrentamiento a los molinos de viento, el caballero andante es muy lúcido e inteligente en lo concerniente a cualquier materia, exceptuando la práctica de la caballería andante. Él aconseja con tino a muchos de los personajes de la novela, y participa en conversaciones sobre arte, literatura y muchos otros temas. Otra obra de Cervantes, no tan conocida, trata de un tema parecido; en *El licenciado Vidriera*, Tomás Rodaja, recién graduado por la Universidad de Salamanca, cree ser de cristal y teme constantemente que alguien pueda quebrarle. La gente se burla de él, pero a la vez respeta su sabiduría, y muchos son los que vienen desde lejos para pedirle consejo.

Este modelo de alienación, soledad y locura, combinado con la agudeza de ingenio, está bien documentado fuera del mundo de ficción. En el siglo XVI, no mucho antes de que Cervantes escribiera *El licenciado Vidriera*, Johann Weyer dijo en su descripción de los melancólicos que «Some think that they are vessels of glass, and for this reason recoil from passers-by, lest they break»; *El elogio de la locura* de Erasmo ya era bien conocido, y Foucault nos recuerda que Aristóteles creía que los hombres melancólicos son más inteligentes que los demás².

¹ MICHAEL PALENCIA-ROTH, «La imagen del *Uroboros*: el incesto en *Cien años de soledad*», *Cuadernos americanos*, 237, n.º 4 (1981), pp. 67-81; Vargas Llosa hizo la misma comparación sin usar la palabra *Uroboros* en *García Márquez: Historia de un deicidio* (Barcelona, Barral, 1971).

² MICHEL FOUCAULT, *Madness and Civilization*, trans. Richard Howard (New York, Vintage, 1965), p. 117.

Para el mismo Foucault la locura es más una situación social que una enfermedad individual —su historia del tratamiento de la locura indica que la gente es encerrada en los manicomios para satisfacer una necesidad de la sociedad—; la locura para él es, por ejemplo, un modo de hacer trabajar a la fuerza, de sofocar levantamientos, o de apagar un escándalo. Pascal y R. D. Laing irían aún más lejos, sosteniendo que ser normal en una sociedad tan enloquecida como la nuestra es de por sí un síntoma de locura, y que la única gente verdaderamente cuerda es aquella que la sociedad considera loca³. En su libro *Madness in Literature*, Lilian Feder define la locura como «a state in which unconscious processes predominate over conscious ones to the extent that they control them and determine perceptions of and responses to experience that, judged by prevailing standards of logical thought and relevant emotion, are confused and inappropriate»⁴. Lo que llama la atención de estas y otras definiciones de la locura, incluyendo la que da el diccionario Webster's como «completely unrestrained by reason and judgement», es su subjetividad y relatividad —todo depende mucho de quien tome la decisión. R. D. Laing devuelve acertadamente el argumento al psiquiatra E. Kraepelin, el cual, para describir los actos de una joven paciente, trata de quitarle cosas de las manos, le prohíbe caminar y le clava alfileres en la frente, intentando demostrar que ella está loca. Laing concluye, y tengo que coincidir con él, que el médico está por lo menos tan loco como la paciente. El interés de Laing por la enajenación de la mayoría de la gente «normal» es el relevante para el estudio de *Cien años de soledad*; él descubre que todos nosotros hemos crecido enajenados con respecto a nosotros mismos y a otros, y que la enajenación no es sólo la condición «normal» del hombre moderno, sino que también explica nuestro espíritu de destrucción. El dice, por ejemplo, que «Normal men have killed perhaps 100,000,000 of their fellow normal men in the last fifty years»⁵. La presente carrera armamentista nuclear es simplemente la más reciente proyección de esta locura.

El tema de la locura es un recurso inagotable dentro de la literatura, pero quisiera resaltar algunos de los casos que tienen particular importancia para García Márquez. Muchos críticos han visto la influencia de Faulkner en su obra, y el propio García Márquez admite esta importante influencia. Una tercera parte de la obra maestra de Faulkner, *The Sound and the Fury*, es de hecho un cuento contado por un idiota, y en *The Hamlet*, el amor de un tonto por su vaca forma un elemento importante

³ RONALD D. LAING, *The Politics of Experience* (New York, Ballantine, 1967).

⁴ LILIAN FEDER, *Madness in Literature* (Princeton, Princeton University Press, 1980), p. 5.

⁵ LAING, *The Politics of Experience*, p. 28.

del relato. Dos cuentos cortos latinoamericanos apuntan una definición social de la locura; en un cuento titulado «Rabia», uno de los personajes de Armonía Somers justifica haber asesinado a otro, diciendo que la locura de éste podía estallar de una vez, en vez de limitarse a pequeños chorros, como hace la nuestra. Y en un maravilloso cuento brasileño titulado «O Alienista», voz correspondiente a la española psiquiatra, el doctor Simrão Bacamarte encierra a cuatro quintas partes de la población de su ciudad antes de cambiar su definición de locura, que le lleva a considerar locos sólo a aquellos que son generalmente creídos cuerdos —siendo particularmente sospechosos aquellos que tienen especiales cualidades morales, como la sinceridad, la modestia o la honestidad. Para demostrar su teoría final de la locura necesita un ejemplo de hombre perfecto, uno del que todos piensen que no tiene defectos, y termina eligiéndose, y encerrándose, a sí mismo⁶.

En *Cien años de soledad* los dos José Arcadio permiten a García Márquez, en su propia búsqueda del conocimiento, un distanciamiento desde el que puede explorar la realidad, y sugerirnos distintas versiones de la misma. José Arcadio Buendía es un vehículo perfecto para hacer que nos cuestionemos nuestro concepto tradicional del movimiento lineal del tiempo, una idea que es trastocada por la circularidad de la narración. José Arcadio Segundo nos convence de que las versiones gubernamentales de episodios políticos son cuestionables, y pueden ser algunas veces encubridoras de masacres⁷.

Los experimentos de José Arcadio sobre el espacio refuerzan el modelo estructural básico de la novela. El es ayudado y estimulado en su búsqueda de la verdad por Melquíades, cuya tribu de gitanos lleva a Macondo todos los últimos descubrimientos y maravillas del mundo. Cuando José Arcadio descubre con sus propios cálculos que la tierra es redonda, y que si uno se dirige continua y directamente hacia el Este ha de llegar necesariamente al punto donde empezó, Melquíades le recompensa con un laboratorio de alquimia.

Pero las motivaciones de José Arcadio no son suficientemente puras, y aunque inventa algunas cosas interesantes y útiles, sin embargo sus éxitos están siempre mezclados con fracasos. El comete en el laboratorio el clásico error de tantos aspirantes a alquimista; en lugar de usarlo como un instrumento para conseguir integridad interior, él trata de hacer oro.

⁶ Ambos cuentos aparecen en inglés en la antología *The Eye of the Heart*, ed. Barbara Howes (New York, Avon, 1973).

⁷ El mismo García Márquez tuvo algunas experiencias con encubrimientos gubernamentales, como lo explica en su trabajo periodístico *Relato de un naufrago* (Barcelona, Tusquets, 1972).

Como resultado las monedas de oro de Ursula se echan a perder, y cuando años más tarde, José Arcadio consigue separar el oro de los demás elementos, se entiende como una victoria. Y lo es en cierto modo, ya que lo que él realmente quería era hacer volver a Ursula, y eso lo consigue; si bien, en su experimento, lo único que ha hecho ha sido regresar al punto de partida, siempre en movimiento circular, sin haber alcanzado su primer objetivo.

Su extraordinario sentido del orden hace de José Arcadio el líder de Macondo. El está a cargo de la distribución de la tierra y de todas las casas de la ciudad, siempre con un criterio de división geométrica, de manera que todo el mundo pueda conseguir agua con la misma facilidad que los demás, y que nadie sea más perjudicado por el calor del sol del mediodía. Hay otros experimentos en que se refleja también el desarrollo circular de la novela. José Arcadio se interesa por los juguetes mecánicos de Pietro Crespi y sincroniza todos los relojes para que suenen con canciones o danzas justo al mismo tiempo, acontecimiento del que la ciudad se maravilló y celebró cumplidamente. Los juguetes le llevan a creer que el movimiento de un péndulo, cuyo arco forma una parte de un círculo, es la respuesta a todos los problemas mecánicos, y que sólo con que pudiera resolver cómo construir un péndulo capaz de hacer funcionar las máquinas, Macondo estaría a la cabeza del progreso.

La pianola que Ursula compra para entretener a los pretendientes de Rebeca y Amaranta, se convierte también en parte de otras de las investigaciones circulares de José Arcadio. Como un niño curioso la desmonta para ver cómo funciona, y más tarde ya no puede volverla a montar tal como era. Llega finalmente a hacerla funcionar, pero las notas quedan mezcladas entre sí y sólo producen discordancias y cacofonías.

La bailarina de cuerda que José Arcadio conecta al mecanismo de un reloj para hacerla bailar «sin interrupción al compás de su propia música durante tres días» es lo que precipita su desesperación y, a los ojos de los demás, su locura⁸. La unión del reloj, como movimiento perpetuo, y del péndulo, que todavía le obsesiona, refuerza el modo circular de la novela, y lleva directamente a que él se dé cuenta de que está anclado en el tiempo. El cree que el tiempo no avanza, que él no se puede escapar del lunes. El martes es lunes, y el miércoles es también lunes; el jueves todavía busca algo que demuestre el paso del tiempo, pero sin éxito; el viernes explotan su desesperación y rabia hacia el exterior y violentamente destruye

⁸ Para esta cita y las subsiguientes uso la edición de *Cien años de soledad* (Buenos Aires, Sudamericana, 1972), p. 72.

el laboratorio de alquimia, el taller de orfebrería, y el gabinete de daguerrotipia, sin parar de gritar en una jerga incomprensible.

Como el licenciado Vidriera de Cervantes, José Arcadio parece más lúcido en su locura que cuando era tenido por cuerdo. La jerigonza en que había estado gritando, y que le mantenía incomunicado frente a los habitantes de la ciudad, resulta ahora ser latín. El es el único que comprende cómo se produce la levitación del cura, pero, dentro de la habitual ironía de García Márquez, nadie salvo el propio cura puede entender lo que José Arcadio dice en latín.

Si, como cree R. D. Laing, la locura es solamente una indicación de que el «paciente» se encuentra ya en el proceso curativo de la alienación, entonces tiene sentido que José Arcadio se haga más tranquilo y quede en paz consigo mismo según van corriendo los años de su vida bajo el castaño⁹. En su búsqueda del conocimiento ha escogido medios inapropiados para su propósito, o sus motivaciones han sido impuras, pero él parece haber dado un giro hacia su espacio interior que le ha proporcionado tranquilidad y sabiduría. El sueña con un futuro Macondo con casas cristalinas, que cree que serán hechas de hielo. Puesto que estamos acostumbrados a construcciones de cristal, nos sentimos tentados a pensar que su visión es clarividente, pero ni su interpretación ni la nuestra son del todo exactas, ya que averiguamos en el último párrafo de la novela que se trata de una visión de «espejos (o los espejismos)» (p. 351) y que es tan sólo la ciudad de Macondo según la ve el mismo José Arcadio Buendía.

Ursula se queja desde muy pronto de la locura de José Arcadio. Ella se molesta por sus extraños proyectos, se resiste a su intento de hacer oro y teme que sus hijos hereden esa locura. Pero al final, él es reconocido loco y sólo es frenado cuando empieza a destruir la propiedad, lo cual vendría a confirmar la definición social de la locura de Foulcault.

Quizá Ursula tenía razón en lo que a la herencia de la locura se refiere. Si, por una parte, el tiempo se ha parado para José Arcadio, por otra es sin duda circular para otros miembros de la familia. El coronel Aureliano y Amaranta pasan los días haciendo, deshaciendo y volviendo hacer sus respectivas tareas de hacer pescaditos de oro y de tejer una mortaja. El coronel Aureliano siente además la necesidad de poner entre el resto de la humanidad y él una distancia mínima de tres metros, y dibuja círculos a su alrededor que a nadie le está permitido traspasar. En un esfuerzo por autoaniquilarse, el coronel destruye también todos sus objetos personales, como para borrar la memoria de su paso por el mundo. Re-

⁹ LAING, *The Politics of Experience*, p. 128.

medios la Bella tendría que ser considerada anormal por su ingenua negativa a querer ajustarse a las convenciones sociales, hasta el extremo de que sólo usa ropa porque Ursula se la hace. Su falta total de preocupación por lo que piensan los demás se combina con una rara lucidez y conciencia de la realidad, que parece estar en contradicción con su estado inconsciente. Meme, después de la experiencia traumática que supone la violenta muerte a traición de su amante, no volverá a hablar en toda su vida. Incluso el cura se vuelve loco cuando se siente incapaz de convencer a los demás de su verdad, y empieza entonces a predicar que el diablo ha ganado la guerra y se ha disfrazado de Dios para atrapar a los incautos.

Pero es José Arcadio Segundo quien exhibe los síntomas de locura más evidentes después de su bisabuelo. El se vuelve loco porque adquiere un conocimiento a través de la experiencia sensorial, que es categóricamente negado por quienes le rodean. El darse cuenta de que todo el mundo está dispuesto a contradecir la verdad de que él vio con sus propios ojos, y el hecho real de que la policía está buscándole, le hacen encerrarse dentro de un total aislamiento. Su hermetismo señala el principio de su propia búsqueda del conocimiento en el laboratorio, llevando a cabo un importante papel en el proyecto familiar de interpretar los pergaminos de Melquíades. Y porque su contribución es tan crucial para el desciframiento final de los manuscritos, se conviene que su búsqueda está mucho mejor dirigida que las de José Arcadio Buendía.

José Arcadio Segundo, cuya personalidad es siempre dudosa debido al cambio que hizo de pequeño con su hermano gemelo Aureliano Segundo, parece que llega a interesarse en política para molestar a su cuñada Fernanda, que desaprueba la asociación de cualquiera con la compañía bananera. Al igual que su bisabuelo, tenía un proyecto descabellado, para llevar a cabo el cual había pedido dinero prestado a Aureliano Segundo. Nunca llegó a reconocer como un fracaso su grandioso plan de convertir Macondo en un puerto, a pesar de que todo el mundo en la ciudad pensó que estaba loco. Aunque, por el contrario, nadie llama loco al Cuerpo de Ingenieros del Ejército de EE UU por haber hecho de Tulsa una ciudad portuaria. José Arcadio Segundo sólo se alejó de su idea de «perfeccionar» el plan cuando empezó a interesarse por la compañía bananera.

Pero su malestar empezó mucho antes de que la compañía bananera llegara a Macondo. Siendo niño pidió que le dejaran ser testigo de un fusilamiento. Su horror ante los ojos abiertos de la víctima y su enigmática sonrisa sobreviviendo a la descarga del pelotón de fusilamiento, le hicieron creer que el hombre había sido enterrado vivo, y se desarrolló en su interior un miedo que le habría de acompañar hasta su propia tumba. El terror de ser enterrado vivo disminuye parcialmente sólo cuando logra ha-

cer prometer a su madre, Santa Sofía de la Piedad, que le cortara el cuello después de su muerte. Una imagen de la ejecución y un vago recuerdo de Melquíades es lo único que José Arcadio conserva de su infancia.

De adulto él es una persona solitaria y nómada. Cuando empieza a trabajar como capataz de la compañía nadie sabe dónde vive. Parece que no tiene residencia fija, aunque a veces está con la familia y a veces no. Sólo se interesará además por las peleas de gallos, que Ursula detesta, y por hacer un puerto en Macondo, inspirado por el descubrimiento de un gal León español hecho años atrás por su bisabuelo. Aparte de una breve relación durante su juventud con Petra Cotes, y de algunas experiencias con una burra, parece estar totalmente desinteresado por el sexo. Está, por otra parte, distanciado completamente de su hermano gemelo, y sólo conversa en toda su vida con el coronel Aureliano y años más tarde con Aureliano Babilonia.

El momento de ruptura llega para José Arcadio Segundo cuando es testigo de una masacre, el asesinato de más de tres mil hombres, mujeres y niños durante la huelga; un espantoso suceso que la propia compañía se encarga de borrar. La habilidad de sus abogados convierte con todo éxito a Mr. Jack Brown, de Prattville, Alabama, en Dagoberto Fonseca, de Macondo, como practicando para su logro posterior de demostrar que los trabajadores no existen en absoluto. La *pièce de résistance* es, por supuesto, convencer a todo el mundo de que no hubo ninguna masacre, de que los trabajadores se habían marchado a sus casas, con sus familias, después de haber aceptado la última oferta de la compañía, y de que nada había ocurrido, ni ocurriría en el futuro en Macondo. Esto ilustraría la idea de Laing de un mundo loco frente al que la reacción más cuerda es la locura. Para él, un desequilibrio mental forma parte de un proceso curativo del mismo tipo que el documentado en el caso de su paciente Mary Barnes¹⁰.

El éxito de los abogados acerca de la masacre es tal que nadie, ni su familia, ni siquiera su hermano, va a creer la versión de José Arcadio. Cuando regresa a la casa familiar, herido, y tras un macabro viaje en tren, es sólo para encerrarse para siempre en la habitación de Melquíades, que se había convertido convenientemente en «cuarto de las bacinillas» (p. 262). Allí encuentra la paz, al igual que José Arcadio Buendía la encontró debajo del castaño. Allí encuentra la soledad que tanto anhela, así como protección ante la policía gracias a las cualidades mágicas del cuarto. Allí pasará el resto de su vida, tratando de descifrar los pergaminos,

¹⁰ Véase R. D. Laing and *Anti-Psychiatry*, ed. Robert Boyers y Robert Orrill (New York, Harper and Row, 1971), p. 255 y siguientes.

comiendo sólo lo que le trae Santa Sofía de la Piedad, y rellenando las setenta y dos bacinillas.

Su vacía mirada dentro de sus ojos inmóviles hace comprender a Aureliano Segundo y a Ursula que está tan loco, y tan sin remedio, como lo había estado José Arcadio Buendía. Ursula, que de todos modos piensa que todos están locos de nacimiento, le compara con su bisabuelo por ser ambos solitarios e inalcanzables. Ella le incita a que salga, pero él se niega diciendo que no quiere ver trenes cargados con cuerpos, que son vertidos al mar todos los días. Insiste en lavarle, dejándole después encerrado en su soledad.

Quizá como premonición del inmediato destino, José Arcadio se siente extraño la mañana de la masacre. Es uno de los primeros en darse cuenta de lo que va a pasar, y parece estar jugando con la muerte cuando insulta a quienes amenazan a la muchedumbre con ametralladoras, alzando la voz por vez primera en toda su vida, y les invita a que empiecen a disparar antes de que pase el minuto que falta para que se acabe el plazo (p. 259). Cuando regresa tambaleándose hacia Macondo tiene que decir en voz alta su nombre para convencerse de que todavía está vivo.

Al igual que lo había sido su bisabuelo, él es, dentro de su locura, el miembro más lúcido de la familia. Incapaz de desenmarañar el significado de los manuscritos dejados por Melquíades, consigue sin embargo clasificar las letras y enseñar a leer y escribir al joven Aureliano, que había crecido muy aislado por su deshonroso origen. En última instancia José Arcadio Segundo es quien prepara a Aureliano para su destino, la interpretación de los pergaminos. Una vez hecho eso, le pide a Aureliano, que es el único que cree su versión de la huelga, que no olvide nunca que tres mil personas fueron asesinadas y arrojadas al mar, tras lo cual, muere sobre los pergaminos. Santa Sofía de la Piedad, fiel a su promesa, cortará el cuello de José Arcadio para que no sea enterrado vivo. El y su hermano gemelo Aureliano mueren al mismo tiempo y, siendo iguales otra vez de viejos, son enterrados cada uno en la tumba del otro.

Así pues, el papel de José Arcadio en la interpretación de los pergaminos, y sus cambios de identidad con su hermano gemelo, al principio y al final de su vida, ayudan a tender un puente de unión entre su locura y la función que él cumple en el desarrollo circular de la novela.

Los dos José Arcadio están alienados por sus congéneres y por la «realidad de cada día» porque logran un conocimiento que resulta inaceptable para los demás. José Arcadio Buendía, guiado por el sabio Melquíades, descubre que el tiempo puede no ser lineal pero no puede aceptar una idea tan perjudicial, por sus consecuencias, para él; y quienes le rodean rechazan su modo de medir el tiempo, tan distinto al habitual. Sus inves-

tigaciones, invenciones y descubrimientos empiezan a preparar a sus descendientes y a nosotros para el final circular de la novela, donde nos damos cuenta junto con Aureliano de que Melquíades ha estado preparando a la familia para descubrir su historia y su destino durante esos cien años largos.

Si José Arcadio Buendía perdió el juicio buscando la piedra filosofal, José Arcadio Segundo lo pierde tratando de conservar su visión de la realidad física. Al darse cuenta poco a poco, durante su vuelta a Macondo, de que la verdad sobre la sangrienta masacre se le esquivo, y al tratar de agarrarse a ella, lo que al principio era alienación se convierte en completo hermetismo.

Así pues, en ambos José Arcadio la locura forma una parte integrante de su búsqueda del conocimiento. Los dos son en cierto modo tontos-sabios, y de acuerdo con esta condición contribuyen al desentrañamiento de la historia circular, tal y como se encuentra formulada en el pergamino de Melquíades. *El desciframiento de estos documentos es crucial para entender la naturaleza no lineal del tiempo, pues «Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante»,* (p. 350), algo que García Márquez hará de nuevo con el fin de su novela. El conocimiento buscado por sus antecesores lo encuentra finalmente Aureliano Babilonia, después de haberse unido a Amaranta Ursula, haber engendrado un niño con cola de cerdo, y haber entendido la historia de la familia en el preciso momento en que la historia, «irrepetible desde siempre y para siempre» (p. 351), se acaba.

KATHLEEN McNERNEY

West Virginia University